

## CAPÍTULO XXXV.

SIN embargo, la Europa desunida un instante por la Francia, en la cuestion del progreso universal, se ponía al paso y preparaba ó hacia esas revoluciones parciales que debían poco á poco sustituir los gobiernos constitucionales á los gobiernos absolutos; la España, el Portugal, la Sicilia, el Piamonte, la Alemania, estaban en ebullicion; por todos lados los soberanos sentían temblar la tierra y vacilar sus tronos.

De repente despertó la Grecia.

La Francia tenía una necesidad tan grande de apasionarse de una insurreccion cualesquiera que se apasionó de la insurreccion griega.

Entre tanto, se decidió la campaña de España, y el duque de Angulema tomó el mando del ejército que iba á intervenir en ella.

Por lo demas, á medida que la rama mayor se precipitaba en la reaccion, el duque de Orleans aprovechando el camino que se le abría, daba gajes á la opinion liberal; se ligaba mas y mas con Benjamin Constant, Manuel, Laffitte, Stanislas, Girardin, el duque de Alberg y Foy, apoyos del partido liberal.

Yo mismo debí mi entrada en la casa del príncipe, en-

trada que hice bajo el patronato del general Foy, á mi título de hijo de un general republicano.

Ademas, era la época en que cada uno representaba su papel en la famosa comedia de los quince años: se estaba al fin del segundo acto, y los espíritus sagaces podían de antemano preveer el desenlace.

—Cuando sea rey, sé bien que es un sueño, decía un día el duque de Orleans á M. Laffitte, pero en fin, cuando sea rey, ¿qué quereis que haga por vos?

—Me nombrareis vuestro bufon respondió M. Laffitte, el bufon del rey, á fin de que pueda deciros verdades.

—Sois encantador, respondió Luis Felipe.

Y con los ojos cerrados, trataba de asirse de los delicados contornos de esa misteriosa deidad que se llama el porvenir.

Otro dia, medio acostado sobre un canapé del hotel Laffitte, y teniendo cerca al banquero confidente:

—Si alguna vez soy rey, dijo, si suponeis que la ambicion ó el interes personal me ha decidido; tendré el mas profundo pesar. Mi dicha consistiría en que la Francia fuera el país mas libre del mundo; los pueblos, mi querido Laffitte, no aborrecen á los reyes sino porque los reyes los han engañado.

Despues volviéndose hácia Manuel:

—Sin embargo, añadió como dudando de sí mismo, y con esa fina sonrisa que solo á él pertenecía—sin embargo, si me poneis en el trono, sereis muy bestia si no tomáis todas vuestras precauciones agarrotándome lo mas posible.

M. Laffitte tenía reclutas por todos lados para la causa orleanista; un dia que platicaba con Royer Collard y Benjamin Constant, que todavía no estaban reunidos:

—Hablais muy bien, dijo M. Laffitte; pero todo esto no puede acabar sino en favor de M. el duque de Orleans.

—El duque de Orleans, dijo Royer Collard, siempre es céptico y espiritual, ¡caramba! ¿no estais disgustado?

—El duque de Orleans es Borbon, añadió Benjamin Constant con desconfianza.

—¡Ah! sí, murmuró falsamente Laffitte, bien lo sé; pero no se asemeja á los Borbones: esta mañana aun me repetía lo que acababa de decir á Luis XVIII. “Si quereis perderos, yo no estoy obligado á seguiros;” y además, añadió el banquero optimista, si es Borbon; ¿no puede hacersele Valois? Thiers dice que esto es posible.

Esta última proposición explica los pasquines de 4 y 5 de Agosto de 1830, en los que se anunciaba á la población parisiense que el duque de Orleans era Valois y no Borbon.

¡Estraños historiadores los que preferían Henrique III á Luis XVI, Carlos IX á Luis XV, Francisco II á Luis XIV, Henrique II á Luis XIII y Francisco I á Henrique IV!

Pero se creía no haber logrado nada en tanto que no se conquistase á M. de Talleyrand, el cual, como se ha visto en el negocio de Didier, estaba conquistado desde de su caída del ministerio; M. Laffitte encontrándolo un día en el Palacio Real, le llamó aparte y trató de descubrirle su corazón.

—Ya veis, le dijo, lo que existe va á caer; sí en lugar de lo que se va, viene la república, sois perdido; si viene el imperio sois fusilado; no hay mas que el duque de Orleans que pueda servir de salvaguardia. ¿Quereis platicar aquí de este negocio? Ni vos ni yo debemos obrar como subtenientes: para jugar la partida, sé que nos es necesario quinta y catorce. ¡y bien! la tendremos; oficiales, soldados, obreros, todo está pronto, vos, yo y él. Si le hablais es hecho el negocio.

—¿Cómo es eso? veamos.

—¡Oh! es muy sencillo: tres millones, dos regimientos, doce mil obreros al rededor de la cámara, un *viva el duque de Orleans!* vos en una tribuna, yo en la otra; y los de la rama mayor desaparecen

El príncipe, sin responder, miró á Laffitte que continuó:

—Ni una gota de sangre, ni un arresto, ni una tienda cerrada; mañana se trabaja, se pasea como si nada hubiera sucedido: es una revolución mas dulce que agua de naranja.

—Bien, yo le veré, dijo el príncipe.

M. de Talleyrand vió en efecto á Luis Felipe y platicó con él; pero respecto á esto M. de Talleyrand y Luis Felipe no tenían probablemente nada que decirse hacia mucho tiempo.

Por el momento nada se hizo de lo que deseaba M. Laffitte. M. Sarrans que cuenta la anécdota, pretende que fué por causa de los tres millones que era necesario desembolsar, pero nosotros creemos, que los dos conspiradores juzgaron que todavía no era llegada la hora.

Luis Felipe debió la mayor parte de su fuerza, á lo bien que *supo esperar*.

Entretanto murió Luis XVIII.

La víspera de su muerte, sentado en ese gran sillón que no dejaba ya desde hacia largo tiempo, rodeado de los príncipes de su familia, de los grandes dignatarios del Estado, de sus familiares, llorando y volteándose para ocultar sus lágrimas, hizo que le llamaran al pequeño duque de Burdeos, débil esperanza de esa monarquía tantas veces vacilante á fuerza de terribles golpes.

Dirigiéndose entonces á su hermano:

—Hermano mio, le dijo, me he sostenido entre los partidos como Henrique IV: he hecho mas que de él porque muero en mi lecho en las Tullerías: obrad como yo y llegareis á morir en paz y tranquilamente: os perdono los pesares que me habeis causado como príncipe por la dulce esperanza que hace nacer en mi corazón vuestra futura conducta de rey.

Después, con una mirada melancólica, y estendiendo la mano sobre la cabeza del hijo de su sobrino:

—Hermano mio, añadió, gobernad bien la corona de este niño.

Al día siguiente estaba muerto.

Luis XVIII había dicho la verdad, su reinado, como el pasaje del Piloto, de Cooper, en los Devis-Gripp, no había sido sino una larga navegacion á través de escollos.

Por lo demas, era el carácter que necesitaba en su situacion.

Cauteloso, disimulado, impotente, falsamente instruido, sin corazon, incapaz, Luis XVIII, en todo el tiempo de su reinado, no tuvo ni una amistad real, ni un movimiento de sensibilidad verdadero, ni un simpático error; sus favoritos el duque de Decazes, madama de Cayla y M. de Avaray, fueron elegidos por egoismo y no por afeccion; proscripto durante veinte y tres años, su orgullo no quiso aceptar esta proscricion que creyó un reinado *in partibus*. Napoleon al que uegaba, fechando su reinado desde la muerte de Luis XVII, le dió una señal terrible de existencia en el 20 de Marzo de 1814; esta caida en la que sin embargo pudo ver las pocas raices que habian echado los Borbones en Francia, no fué para él sino una media leccion! si bordeó, como le dijo á su hermano en sus últimas palabras, no fué por inteligencia, sino porque le agradaba mas la línea curva que la recta, el camino de travesía que el camino derecho; las concesiones que otorgó al ministerio Fouché y al ministerio Chateaubriand, mas bien fueron obligadas que voluntarias. Un solo rasgo nos dará á la vez á conocer al hombre y al rey: en su fuga con el duque de Avaray, fuga semejante á la de Varennes: una pobre viuda le dió hospitalidad, arriesgó su cabeza y gastó su último luis por darle de comer; ¡qué recuerdo creéis que guardó de este acontecimiento?

—La comida, decia, era detestable.

Cuando apareció el pequeño volúmen que contiene la relacion de esa fuga fué general el descontento que causó en todos los ánimos.

—Si es del rey, dijo un célebre aristarco de la época, está exento de toda crítica, si no es del rey, bien la merece.

No diremos que el que le sucedió había recibido de la naturaleza educacion, porque carecia de ella, sino un carácter enteramente opuesto: era generoso hasta la prodigalidad, religioso hasta el fanatismo, noble y caballero, y terco como todos los espíritus débiles que insisten porque habiendo tenido el trabajo de tomar una resolucion, no quieren tener el fastidio de tomar otra: por lo demas, era buen príncipe, fiel amigo, y se complacia en hacer bien; pero no sabiendo en qué consistia, era lijero, fútil y olvidadizo; lo que hacia resaltar mas la única memoria que tuvo, la memoria del corazon.

No se equivocaba en la idea instintiva que se había formado de la monarquía, estaba convencido de la union que existe entre el altar y el trono, y era devoto ferviente como la mayor parte de los viejos libertinos. Carlos X quiso combatir despues de sesenta años la obra de M. Choiseul: no solamente los jesuitas, arrojados por los parlamentos, fueron tolerados por las cámaras, sino que tambien hizo cuanto pudo para que se les confiase otra vez la educacion de la juventud, y se notó que en todas partes se engrandecian y prosperaban sus establecimientos: en Billan, en Montrange, en Saint-Acheul, en Sainte-Anne d'Auray, en Burdeos; por otra parte, los misioneros se esparcieron por todos los caminos de Francia; cada poblacion tuvo su cruz espiatoria que casi siempre se elevaba en el lugar de algun árbol derribado de la libertad; en fin, el *Miserere*, canto de dolor, surgió del suelo de la Francia, y subió tristemente hácia el cielo.

Los franceses gustan del canto, pero no del de vísperas; el canto llano les parece monótono, y prefieren al *Dies irae*, el *Dieu des bonnes gens*, y al *Kirie eleison*, el *Vieux Soldat*; que le valió su reputacion á Beranger, y su popularidad á Debreaux.

El duque de Orleans, con su mirada penetrante, y su es-

píritu sagaz, conoció que ya que ellos iban á perderse, era necesario, para salir bien, hacer lo contrario de lo que hacian.

Envió sus hijos al colegio de Henrique IV, y no despreció la ocasion de amparar ya que no con su proteccion, al menos con sus simpatias á los enemigos del poder.

Tambien los folletistas de la Restauracion le pagaban al contado el precio de su oposieion.

Oigamos lo que dice Pablo Luis Courier.

“La juventud crece entre nosotros y ve crecer con ella á los príncipes.

“Digo con ella y yo me entiendo. Nuestros hijos, mas dichosos que nosotros, van á conocer á sus príncipes criados con ellos, y en efecto los conocerán. He aquí ya al hijo mayor del duque de Orleans; sé esto por buena parte y os lo garantizo con mas seguridad que si os lo dijese todas las gacetas; he aquí al duque de Chartres en el colegio de Paris, ¡cosa muy sencilla, direis, si está en edad de estudiar! sencilla, es sin duda, pero nueva para las personas de su clase. No se han visto aun príncipes en el colegio desde que hay colegios y príncipes: es el primero que se haya criado de tal manera, que aproveche el beneficio de la instruccion pública y comun; entre tantas novedades nacidas en nuestros dias, esta es de aquellas que al menos deben sorprender: ¡un príncipe estudiar, ir á clase! ¡un príncipe tener camaradas! Los príncipes hasta aquí habian tenido servidores y jamas otra escuela que la de la adversidad, cuyas rudas lecciones eran perdidas frecuentemente. Aislados en toda edad, lejos de toda verdad, ignorando las cosas y sin conocer los hombres, mueren entre los lazos de la etiqueta y del ceremonial, no habiendo visto otra cosa que los falsos colores espuestos delante de ellos; pasan sobre nuestras cabezas, y no nos perciben sino cuando el destino los hace caer. Ahora, conociendo el error que los separa de las naciones, como si la llave de una bóveda, usando de esta compara-

cion, pudiera estar fuera y no tener nada con ella, quieren ver á los hombres, saber lo que ellos saben, y no tener necesidad de las desgracias para instruirse. Tardía resolucion, que, tomada mas prontamente, ¡cuántas faltas les habria evitado, y á nosotros cuántos males! El duque de Chartres en el colegio, educado cristiana y monárquicamente; pero creo que tambien un poco constitucionalmente, habrá aprendido muy pronto lo que para nuestra mengua ignoraban sus abuelos; y no es el latin lo que quiero decir, sino esas sencillas nociones de verdades comunes que la corte callaba á los príncipes, y que los guardarían de errar á espensas nuestras. Nada de *dragonadas* ni de *Saint-Barthélemy* cuando los reyes, criados en medio de sus pueblos, hablen el mismo idioma, y se entiendan con ellos, sin intérpretes ni intermediarios; nada de vanidades, nada de trincheras ni de barricadas. Dado así el ejemplo por el duque de Chartres á los herederos de los tronos, le aprovecharán sin duda. ¡Ejemplo tan feliz como nuevo! ¡Qué de cambios y conmociones en el mundo han sido necesarias para llevar allí á este jóven! Y qué diria el gran rey, el rey Luis el Soberbio, que no pudo sufrir ver confundidos con la nobleza del reino á sus mismos bastardos, ¡tanto así temia envilecer la menor parte de su sangre! ¡Qué diria de este parangon del orgullo monárquico, si viese en las escuelas, con todos los niños de la raza súbdita, á uno de sus sobrinos segundos, sin pages ni jesuitas, seguir los ejercicios y disputar premios, unas veces vencedor, y otras vencido? Jamas, dicen, favorecido ni adulado de ningun modo, cosa admirable, en el mismo colegio (porque ¿donde no entra la peste de la adulacion?), es creible, si se piensa que la publicidad de los cursos hace difícil la injusticia; que entre sí usan los discípulos de pocas complacencias, que pocos ceden voluntariamente el honor aun no ejercitados en el fingimiento, que por otra parte se llama deferencia á los respetos, á los miramientos, que han producido el horror de la verdad. Aquí al con-

trario, todo se dice, todas las cosas tienen su verdadero nombre, y el mismo nombre para todos; aquí, todo es materia de instruccion, y las mejores lecciones no son las de los maestros. Nada de abate Dubois, nada de Méniers, nadie que diga al príncipe, todo es vuestro, lo podeis todo, es la hora que querais. En una palabra, segun la voz pública, se educa allí al duque de Chartres como á todos los niños de su edad; ninguna distincion, ninguna diferencia: los hijos de los banqueros, de los jueces, de los negociantes, no tienen ningunas ventajas sobre él; pero él tendrá muchas, salido de allí, sobre todos los que no hayan recibido su educacion: no hay, bien lo sabeis, mejor educacion que la de las escuelas públicas, ni peor que la de la corte."

Ciertamente en esa época un elogio semejante no tenia precio, lo sabia bien el hábil discípulo de M<sup>me</sup> de Genlis, y con tales páginas en la mano era con lo que impugnaba los denuestos que dirigidos á cualquiera otro que no hubiera sido él, habrian tenido una acogida fatal.

Lo que mas perjuicio causaba al duque de Orleans, era su espíritu procesivo, chicanero y parsimonioso.

El duque de Orleans se habia formado un consejo de los mejores abogados de Paris; pero en realidad era él quien aconsejaba á su consejo.

Todas las memorias firmadas por Dupin le fueron inspiradas, y aun frecuentemente redactadas por el príncipe.

En el número de los procesos entablados por el príncipe, habia uno presentado contra el duque de Bassano, que hubiera despopularizado en cualquiera otra posicion á la popularidad misma. En 1815, Maret habia recibido de Napoleon con el título de depósitos y salarios, un cierto número de acciones de canales que provenian de la herencia de Orleans. El medio de que se valió Luis Felipe, fuè, el de probar que no siendo el gobierno imperial mas que un gobierno *de hecho*, un gobierno ilegítimo, ese gobierno no habia tenido facultad para disponer de aquellas acciones.

El duque de Orleans ganó ante los jueces su proceso, pero lo perdió ante la opinion pública.

Otro proceso mas grave aun se agitaba al mismo tiempo.

Decimos mas grave, porque se litigaba en un tribunal mas elevado que los otros: queremos hablar de las pretensiones de María Stella, de la que hemos dicho algunas palabras al principio de esta historia.

---

#### CAPÍTULO XXXVI.

---

**E**N 1825, María Stella habia vuelto á Paris con un fallo del tribunal de Faenza, fecha 29 de Mayo de 1824, que establecia de hecho que no era hija del carcelero Chiappani, sino del conde de Joinville.

Esta acusacion por falsa y absurda que fuese, inquietó sin embargo al príncipe, al grado que respondió por medio de una memoria á las memorias de la baronesa de Sternberg, *hija de Joinville*. Esta memoria me condujo por la primera vez á la presencia del duque de Orleans.

El señor duque de Orleans despues de haberme acordado, en 1823, por recomendacion del señor general Foy, una plaza de doscientos francos en sus oficinas, no se habia ocupado mas de mí; y era cosa muy natural que al cabo de un año de llevar estos apuntes me subiesen el sueldo hasta quinientos francos. Sin embargo, como nada pasaba desa-